

también en el mal? Hay hombres nacionales y hombres universales, en quienes se manifiesta esa ley de un modo especial: Alejandro, Augusto, Constantino, Carlomagno, Lutero, Voltaire y Napoleón. Voltaire, el fruto y la expresión más perfecta de su siglo, fué la maldición de su época; le corrompió la sangre, y esa corrupción dura todavía. Miguel Ángel ha desfigurado, hasta desnaturalizarlos, el gusto y la tendencia de espíritu de siglos enteros. Bernini ha cambiado por largo tiempo los ojos de la humanidad, haciéndole encontrar admirable lo que las otras generaciones consideraban como horriblemente feo.

En una palabra, es inútil contradecirlo, la ley de la solidaridad no perderá por eso su fuerza. Si á veces la encontramos dura, no es un motivo para negarla, tanto más cuanto que tampoco esto sería un medio para hacerla desaparecer.

Felizmente para nosotros está lejos de los ataques impotentes que pudiéramos dirigirle. ¡Cuántas veces el mundo la habría abolido, y cuántas, por lo mismo, habría perdido toda perspectiva de mejora! Esta ley que detestamos es la misma que aquella en virtud de la cual el cambio de una persona, cuyo poder é influencia son perjudiciales, produce un cambio tan rápido hacia el mejoramiento. ¡Qué pronto cambia todo cuando Diocleciano desaparece y sube al trono Constantino! Si Dios hubiese escuchado los suspiros de tantos cristianos de cortos alcances, y si esa ley hubiera sido abolida el año de 300, no habría sido cristiano el Imperio en el año de 325.

Sin duda alguna, en el principio, Dios habría podido disponer las cosas de otro modo, y ahorrar al mundo el pecado original, pero no habría habido tampoco Redención, y el Redentor habría debido morir, ó bien por el individuo en particular, ó bien todos los que hubiesen pecado quedarían perdidos sin remedio; porque no es creíble que, de no existir el pecado original, hubiese cada cual estado exento de pecado por su propia cuenta personal.

#### 14. Amargura y consuelos más grandes aún de es-

ta doctrina.—Por consiguiente, la razón nada puede objetar si la fe resuelve los enigmas de la existencia del pecado mediante esta explicación: «Cada ser es regido por las leyes que Dios determinó desde el principio. Entre todas las criaturas, sólo dos fueron colmadas de bienes; pero procedieron erróneamente, esparciendo así el sufrimiento en la tierra.»<sup>(1)</sup>

Esta interpretación explica también la secreta melancolía que nunca abandona al hombre, ni aun al mejor, que se apodera de los hijos del mundo en medio de los goces, y que el malvado mismo no puede desechar por largo tiempo. No somos lo que debemos ser; éramos antes mejores. Perdimos una felicidad que podríamos poseer todavía hoy, y más que una felicidad, una libertad, una soberanía, una regia dignidad, en las que nuestras aspiraciones más nobles encuentran satisfacción cumplida. Á esta situación pueden aplicarse las palabras del poeta: «Sólo quien fué rey puede apreciar la desgracia que es haber perdido un reino que ya no puede recobrar».<sup>(2)</sup>

¡Pero no! Es decir demasiado. Sin duda que hemos perdido nuestro reino, y si dependiese de nosotros, estaría perdido sin remedio. Mas, por la gracia de Dios, podemos recuperarle, y precisamente por esa misma ley de la herencia y de solidaridad, en cuya virtud lo hemos perdido. No nos quejemos demasiado de esa ley; procuremos más bien apropiarnos sus beneficios. Desde hace mucho tiempo nuestros pecados personales nos quitan el derecho de acusar á nuestros antepasados por habernos despojado del reino que nos correspondía; aunque ellos no nos lo hubieran perdido, lo hubiéramos hecho nosotros millares de veces por nuestras propias faltas. ¡Á qué esas lamentaciones, si en nosotros solos consiste volver á disfrutar las prerrogativas perdidas? En cada instante podemos volver á ser los hijos de Dios y los coherederos de su reino.<sup>(3)</sup> Grande fué

(1) *Annolied*, 3, 51 y sig. (Stern).

(2) Rückert, *Weisheit des Brahamanen*, 8, 126.

(3) Rom., VIII, 17.



la pérdida, pero mayor la ganancia; fuerte es el poder del mal, pero más fuerte es el poder de la gracia. Por Adán, nuestro padre, el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte; pero por Cristo, nuestro hermano, podemos recuperar la vida, nuestro reino y nuestra soberanía. Por la falta de uno solo recayó la condenación en todos los hombres; por la justicia de uno solo viene á todos los hombres la justificación que da la vida. <sup>(1)</sup>

(1) Rom., V, 12, 15, 18.

## CONFERENCIA IV

### LA CORRUPCIÓN DE LA HUMANIDAD ENTERA

1. El espíritu indio, como espíritu de desprecio hacia la humanidad, es compartido por toda la humanidad.—El país de la tierra más favorecido es la India, esa región maravillosa de los antiguos, objetivo de navegantes y conquistadores, patria encantadora de los cuentos. Con su marfil, sus piedras preciosas, sus perlas y sus diamantes, satisfizo los deseos insaciables del antiguo mundo. Por sus perfumes y sus especias, por la canela, la nuez moscada, el nardo, ha vencido á la misma Arabia. Los historiadores más fríos caen en arrebatos poéticos al hacer el relato de *Kohinu* y del *trono de pavos reales*. Ese país dió al mundo el naranjo y el limonero, ricas maderas de construcción, el índigo, el pavo real y el chal de cahemira, así como otros muchos objetos, cuya importancia comercial interesa á todo el mundo, el azúcar, el arroz, el algodón. En su suelo crece el árbol de los poetas, la palmera con sus cuarenta y dos variedades; á su lado se disputan el reino vegetal el sándalo, el ébano, el barniz del Japón, los plátanos, á cuya sombra levantan sus tiendas ejércitos de seis á siete mil guerreros. En un país donde la tierra produce sin abono dos cosechas, podían los hombres entregarse sin cuidado á los sueños y á los juegos. <sup>(1)</sup> Los demás pueblos que deseaban gozar de la vida fueron á su escuela, y de ellos adquirieron, para distraerse, el juego de ajedrez, las fábulas y los cuentos embriagadores de las *Mil y una noches*.

Y, sin embargo, ningún país hay en que el hombre esté

(1) Ritter, *Erdkunde*, IV, II, 1241 y sig.